

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: En el taller del alfarero (Jer. 18:1-6)

(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



En el taller del alfarero (Jer. 18:1-6) (14 días)

Día 1

Jer. 1:1-9; 1.S. 3:10

Oídos abiertos para la voz de Dios

En un tiempo de profunda apostasía y desintegración ética, llegamos a conocer a Jeremías, como un hombre que tenía sus oídos y su corazón abiertos para la Palabra del Señor. Dios podía hablar con él, acerca de lo que le preocupaba: respecto al pueblo de Israel, el pueblo de Su elección, y también acerca de los demás pueblos de aquel entonces (Comp. Jer. 2:1; 7:1,2; 46:1.) Jeremías estaba al tanto de lo que pasaba en el mundo. Él conocía el plan de Dios. Dios le hablaba una y otra vez de distintas maneras, por lo general a través de cosas simples de la vida cotidiana.

En una de sus muchas caminatas por los viñedos, Jeremías ve una rama de almendro en flor. El Señor utiliza la palabra hebrea para almendro (“ser vigilante”) y dice: “Yo apresuro mi palabra para ponerla por obra” (Jer. 1:11.12).

Después, Jeremías sigue caminando; llega a su casa y, encima del fuego encuentra una olla con agua que cuelga muy torcida y por eso, el agua hirviendo sale en dirección al sur. Dios usa este hecho y dice: “Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de esta tierra” (Jer. 1:14).

Así podríamos mencionar muchas situaciones de la vida de Jeremías, en las que Dios habla tan claramente y cualquiera lo puede entender. El Señor muchas veces usa las pequeñas circunstancias del día. ¿Nos damos cuenta de estas? ¿Nos tomamos tiempo para verlas? ¿Abrimos nuestro corazón a la voz de Dios y a Su obrar?

Si nos sentimos como ciegos, podemos orar como el compositor Pablo Ernesto Ruppel (1913 – 2006): “Me diste ojos, pero no puedo ver: Tú, que sanas a ciegos, Señor, ten misericordia de mí, ten misericordia de mí.” (Lea Ef. 1:18-21.)

Día 2

Jer. 18:1-6; Dt. 33:3a

Alfarero y barro

Leamos los versículos 2 al 6 según la traducción de Robert Scholl: “En aquel tiempo, que era para mí una dura prueba, la mano del Señor me dirigía hacia la casa del alfarero. Bajé hacia el valle, donde estaba su taller, junto a las fuentes de agua y lo observé en su trabajo.

Él tomó al barro blando y lo moldeó sobre la rueda haciendo una vasija. Pero la obra se malogró. Entonces su mano juntó el barro y comenzó de nuevo su trabajo e hizo otra vasija, según su diseño. Cuando vi esto, escuché la voz de Dios: ‘¿Acaso no puedo yo hacer de vosotros como hace el alfarero con el barro? He aquí que, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano. ¿No puedo hacer con vosotros lo que yo quiero? ¿No soy libre en mi actuar y puedo destruir lo que salió mal? ¿Y quién podrá entender lo que hago?’”

Observemos juntos el conocido cuadro del taller del alfarero: el barro en la mano del alfarero. El alfarero es aquel que dispone sobre el barro, no al revés. Dios se compara con el alfarero y a todo el pueblo de Israel con el barro (comp. Is. 64:8). La comparación vale también para los demás pueblos, de antaño y de hoy. Ellos piensan poder gobernarse ellos mismos, y opinan querer hacerlo así. Sin embargo, son barro en las manos de Dios (comp. Jer. 12:14-17). También nosotros, como personas individuales, sabemos: “¿Qué cosa de todas estas no entiende que la mano de Jehová la hizo? En su mano está el alma de todo viviente, y el hálito de todo el género humano” (Job 12:9,10; comp. Sal. 8:3-5a).

¡Qué bueno, si aceptemos nuestra vida conscientemente de esta mano!

Día 3

Jer. 18:1-3

En la casa del alfarero

Vemos a Jeremías yendo a casa del alfarero, sigámoslo mentalmente. Para la elaboración de las vasijas el barro tiene que ser lavado y pisado con los pies, para poderlo trabajar (Is. 41:25b). Después se forma con la mano y se pone sobre la rueda, que se maneja con el pie o a mano, para conseguir una forma pareja y hueca. En nuestros días, muchas de estas etapas de elaboración se hacen mecánicamente, pero el proceso fundamental sigue siendo el mismo.

Pensemos en las cosas que se pueden ver en el taller del alfarero: mucha agua y barro. No es muy atrayente. Pero cuando ponemos la mirada en el alfarero y en sus manos que son tan prácticas, y nos damos cuenta de cómo el barro es formado, todo parece emocionante e interesante. Esto concuerda con la visión de Jeremías. Él ve al alfarero, la rueda y el barro.

El alfarero: es el sabio maestro y artista (lea Is. 29:16).

La rueda: es el instrumento que le sirve para formar el barro, según un detallado diseño (comp. Jer. 29:10,11).

El barro: es el material moldeable, con el cual el alfarero puede lograr su propósito (comp. Is. 45:9).

Alfarero, rueda, barro: este cuadro sencillo tenemos que tenerlo en cuenta, si hablamos del taller del alfarero.

En esto se basa la revelación que recibe Jeremías acerca de la relación entre Dios y la humanidad, entre el Maestro y nosotros.

Él nos creó según Sus pensamientos, según Su diseño y no diferencia entre alto y bajo (Lea Gn. 1:26a; Job 34:19).

Se trata de la honra de Dios. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10).

Día 4

Jer. 18:3; Dt. 33:3

En las manos del alfarero

Si miramos como el alfarero está sentado, trabajando con el barro sobre la rueda, nos damos cuenta de que él tiene derecho de formación sobre el barro. El alfarero puede hacer con el barro lo que él quiere (comp. Ro. 9:20,21).

Tengamos en cuenta, que el divino alfarero es nuestro Padre: “Ahora pues, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros” (Is. 64:8b). ¡No es cualquier padre, Él es el mejor Padre! Ningún otro que el Hijo de Dios mismo, nos lo presentó como Padre incomparable (Lc. 15:11 ss).

Si observamos más de cerca al alfarero, vemos su gran interés en la continua transformación del barro en sus manos. ¡Con qué atención está concentrado en la obra! Sus ojos no se desvían del barro. Mientras que la rueda da vueltas, sus manos moldean y forman.

“Con la destreza de sus manos” está ocupado en su obra. (Lea Sal. 78:72;.) Él nunca se equivoca, pues “perfecta es su obra” (Dt. 32:4).

¡Dejemos confiadamente el trabajo con el barro en las manos del alfarero! El salmista del salmo 77 puede decir: “Meditaré en todas tus obras, y hablaré de tus hechos. Oh Dios, santo es tu camino” (Sal. 77:12,13).

Después de haber apreciado Su autoridad sobre del barro; Su interés; Su continuo cuidado, también tenemos que mencionar Su fuerza. Estas manos, que con tanta suavidad y a la vez con fuerza forman el barro, son manos poderosas.

Moisés testifica: “Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza, y tu mano poderosa” (Dt. 3:24a). Son las manos del Todopoderoso. En estas manos hay un poder que es ilimitado. “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn. 18:14a; lea Sal. 138:7; Dt. 7:8; Jer. 32:17)

Día 5

Jer. 18:3; Stg. 1:3.4.12

La rueda

Observemos la rueda que mantiene el barro en movimiento. Ella habla de las circunstancias y situaciones de nuestra vida.

La velocidad de rotación de la rueda la está determinada por el pie y las manos del alfarero: a veces debe andar despacio; después con más fuerza; a veces giros cortos, otras veces más prolongados.

Quizás actualmente nos preocupa y nos molesta; la turbulencia de los acontecimientos. Otras personas tienen la impresión de que el tiempo se quedó parado. Es el Señor quien determina la rotación de “nuestra rueda”, para que el barro no se dañe. Él ordena las circunstancias, que quizás hoy parecen confusas y densas. Él cuida el barro sobre la rueda.

Dios tiene en cuenta las circunstancias de nuestra vida. Él nos conoce y sabe que, a veces quisiéramos “saltar de la rueda”. Él sabe que el trato en nuestro mundo, muchas veces es muy duro y que somos vulnerables y quebradizos. Dios cuida de todos los aspectos de nuestra vida (lea Job 33:11b).

En nuestras circunstancias entran también las dificultades que son consecuencias de nuestras faltas y fracasos; también la presión que nos hacemos nosotros mismos y también entra la parte contraria: negligencia, comodidad y poco interés. Pero además existen personas que pasan su vida a costa de otros, que no asumen su propia responsabilidad. De este modo dificultan y entorpecen los días de los demás.

Sea cual sea mi situación: la rueda no es lo más importante; ella es necesaria, pero pertenece a las cosas pasajeras. Ella se detiene, cuando el alfarero así lo desea y cuando el barro ya recibió su forma definitiva. Sin embargo, el alfarero y el barro permanecen.

En nuestra vida cotidiana nos ayudaría, conscientizarnos de estas relaciones: “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28; comp. 2.Co. 4:17,18).

Día 6

Jer. 18:3; Sal. 31:15a

La mano de Dios

Probablemente no hay ninguna persona que, siempre esté de acuerdo con la rotación de la rueda, o que vea lo positivo en esto. Pero la rueda es necesaria, para que se desarrolle el plan de Dios en nuestra vida y para que el resultado final le agrade a Él y a nosotros. Es importante que no olvidemos, que los ojos del alfarero están siempre fijos en el proceso de la elaboración del barro.

David lo experimentó: “Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos” (Sal. 34:15), y justamente en tiempos, cuando la rueda da vuelta muy rápido, parece que nos mareamos y que no podemos soportar. Sus ojos están fijos sobre nosotros y sabemos que estamos sobre la rueda seguros en Sus manos. Él es el mejor alfarero, somos Su “artesanía” – con propósito celestial (comp. Fil. 3:20,21) .

Esdras y Nehemías testifican, después del duro exilio, acerca de la buena mano de Dios, que anima y exhorta a que cada uno ponga, manos a la obra: “Entonces les declaré cómo la mano de mi Dios había sido buena sobre mí, ... y dijeron: Levantémonos y edifiquemos. Así esforzaron sus manos para bien” (Neh. 2:18; comp. Neh. 2:8; Esd. 7:9).

Noemí describe su experiencia difícil: “la mano del Señor ha salido contra mí”, pero para bien - ya que ella ha vuelto a casa, al país de su destino, al país de las grandes bendiciones (lea Rut 1:13b; 2:20a).

Moisés puede animar a su sucesor Josué: “Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará” (Dt. 31:6b).

En algún tiempo, esta mano: “enjugará toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4).

¡Entonces todo será nuevo!

Día 7

Jer. 18:3; Sal. 139:13,14

El barro

Hay muchos materiales que nunca encontraríamos sobre una rueda del alfarero. Ningún alfarero intentaría elaborar metal sobre la rueda. El barro es la materia adecuada para su trabajo.

El barro se forma por el desmoronamiento de piedras. Pequeñas partes de arcilla, permiten la posibilidad de moldear.

Al exponerlo al calor del horno, los materiales se endurecen y dan solidez al objeto moldeado. Antes del proceso de hornear, el barro no debe ser demasiado blando, ni seco, ni endurecido. Entonces, se dejará moldear por la presión de los dedos del alfarero, sobre la rueda y recibir la forma deseada.

Sabemos que podemos endurecernos y secarnos interiormente. Por ejemplo, cuando criticamos a otros sin misericordia; cuando cerramos nuestro corazón a la necesidad de nuestro prójimo; cuando aparentamos piedad pero desobedecemos a Dios; cuando estamos en desacuerdo con el alfarero (lea Fil. 2:3,4; 1.S. 15:22; Job 33:12,13).

El barro en sí, no tiene valor. La mano diseñadora del alfarero le da valor al barro y puede crear algo precioso. Dios actúa con mucha paciencia “para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado” (Ro. 9:23,24a).

Un alfarero labra de un mismo material, diferentes vasijas. Cada vasija es única, singular, inconfundible, proveniente de la mano del alfarero.

La industria de belleza nos quiere convencer de que, debemos parecer más jóvenes, dinámicos y continuamente más bellos.

Sin embargo, hay una hermosura de corazón, escondida, que se refleja en nuestra apariencia exterior: la relación personal y agradecida con nuestro Creador celestial. ¡Para Su honra y gloria queremos vivir!

¿Por qué tendré que mirar celosamente a la derecha o izquierda, a otras vasijas, que también son obras maravillosa del Creador?

Día 8

Jer. 18:3,4; Gn. 1:26

Barro y agua

Dios, nuestro Creador, diseña y elabora una vasija como a Él le gusta. El modelo que el Maestro quiere lograr, se nos describe en la carta a los colosenses. Se refiere al nuevo hombre “el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10). El que tiene el modelo en cuenta, sabe exactamente de qué manera puede lograr el propósito que se había propuesto. ¡Qué perspectiva gloriosa!: un día llevaremos puesta la imagen del celestial, del Señor Jesucristo: “porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29; comp. 1.Co. 15:49; 2.Co. 3:18; 1.Jn. 3:1-3).

Para transformar y moldear al barro, el alfarero necesita mucha agua. El barro sin agua sería duro e inútil. También en el sentido espiritual tenemos suficiente agua a nuestra disposición.

Podemos referirlo a la Palabra de Dios y Su Espíritu. El Señor Jesucristo se “entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef. 5:25b-27). Necesitamos la clara y pura Palabra de Dios y la necesitamos *abundantemente*, para mantenernos en la mano del alfarero como barro blando y útil para ser moldeado.

¿Puede ser que en muchas iglesias el ambiente sea “duro”, porque las “corrientes de agua viva” ya no fluyen abundantemente? Necesitamos urgentemente un retorno a la Palabra de Dios. Debemos abandonar la mentalidad de “comida rápida” y de superficialidad y volver al estudio bíblico intenso.

Cada creyente debe ser un estudiante de la Biblia. De otra manera, ¿cómo podría saber y hacer lo que Dios quiere?

¡Volvamos nuevamente a nuestro Señor y a Su Palabra! (Lea Jn. 7:37-39; Ro. 15:4; 2.Ti. 3:16.17.)

Día 9

Jer. 18:1-4; 31:3; Ap. 1:5b.6

Amado y santificado

Resumamos lo que hemos observado en el taller del alfarero. Primero nos ocupamos del alfarero, el gran Maestro y Creador. Después observamos el barro, - a nosotros mismos y, las posibilidades de ser moldeados según Sus pensamientos.

Vimos a la rueda, dando vueltas, - cuya rotación nos da muchas veces temor, pero en el momento preciso es sostenida y vuelve a la quietud. Otra muy importante y profunda lección, la recibimos en el taller del alfarero, quien tiene el derecho total de acción sobre el barro. El maestro lo tiene en Sus manos y el barro se adapta a Él; se entrega a la voluntad de formación y al poder transformador del alfarero.

Lo que al barro real no le importa, nos toca a nosotros profundamente y en forma existencial.

Varios de nosotros hemos sufrido, por acción de autoridades humanas. Algunos se han resistido completamente a la autoridad, en cambio otros se han doblegado o se han puesto duros y autoritarios. Entonces puede acontecer que tales experiencias se trasladen a la relación con Dios.

Pero, como barro en las manos del alfarero divino, debemos aprender cómo la Biblia nos presenta al Creador. Su autoridad se basa en Su manera de ser: en Su amor y Su santidad. Su amor nos abre la riqueza de Su bondad; cuidado; paciencia; amabilidad; fidelidad; misericordia; poder de salvación y consolación. Su santidad revela la pureza de Dios, Su perfección, Él no se equivoca ni peca. (Comp. Éx. 15:11; Is. 6:3.) Lo especial e importante consiste en que Dios, no sólo comparte con nosotros Su amor, sino también Su santidad.

Dios es santo y Dios *santifica*. (Lea Éx. 31:13; Ez. 37:28; Jn. 17:17.19; Ro. 1:4.)

Si Dios nos santifica, nos transforma de acuerdo a Su voluntad. Pero Él no atropella a nadie. Su amor quiere ganar mi corazón y me desafía a confiar en Él incondicionalmente. ¿Quiero esto?

Día 10

Jer. 18:3.4

El buen plan

El trabajo del alfarero está basado en un plan: “He aquí, el alfarero estaba ocupado con un trabajo sobre la rueda ... como era bueno en sus ojos, hacerlo”, así es la traducción literal. El alfarero no trata con el barro sobre la rueda según un capricho, sino que sus dedos trabajan siguiendo un propósito. También Dios trabaja según un plan y buenos pensamientos. Aunque yo no pueda reconocer lo que Él quiere lograr, Él sí sabe muy bien lo que quiere alcanzar.

Cuánta tensión interior desaparecería, si tuviera en cuenta que la voluntad de Dios no surge de un capricho, sino de un propósito “profesional”. De cuántas preocupaciones me libraría, si vez tras vez confiara mi vida en Sus manos, sabiendo: la labor del Maestro en mí – aún aquello que no me agrade – debe contribuir a que Su obra se efectúe.

La conexión de alfarero – agua – rueda, en la elaboración del barro, se relaciona estrecha y ampliamente con la historia de salvación.

Esto es necesario, porque el hombre – diferente al barro sin vida – se resistió ya desde el comienzo de la creación, al plan de su Creador.

Originalmente el hombre fue creado a la imagen de Dios, pero ¡cuánto ha fallado él y tras él, toda la humanidad! “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Pero el buen plan de Dios por nosotros no se ha anulado. Por medio de Jesucristo hay rescate de este circuito fatal. Por la fe en Él, nosotros nacemos de nuevo (lea Jn. 3:3-6). “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2.Co. 5:17).

Lo que Dios sigue formando y cambiando en nosotros, siempre apunta al cumplimiento de Su propósito. Pero ya ahora nosotros podemos vivir para su honra (lea Ef. 1:3-6; Fil. 1:6; Tit. 2:14).

Día 11

Jer. 18:5,6; 1.Ti. 1:12-17

Valioso y utilizado

“Como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano.” El hombre que, en este ejemplo se compara con el barro, es en realidad con sus moléculas y átomos, de los cuales se compone parte de la tierra, el material del cual se compone nuestro planeta.

Se podría decir entonces: ¡sin valor, no vale ni 5 Euros! Pero cuando el alfarero celestial toma un pedazo de barro, lo moldea con amor y sopla Su aliento en él, no existe otra criatura más preciosa y bella. Cuando el hombre entonces, se entrega confiadamente en las manos horadadas del Salvador, del pobre e insignificante barro se desarrolla algo realmente bueno, hermoso y precioso para Dios. Y si nosotros significamos algo especial para Dios, esto tendrá un efecto valioso para la gente en nuestro alrededor. Él los quiere bendecir por medio de nosotros (comp. Gn. 12:2; 1.P. 3:9).

Quizás ud. dice: “pasaron treinta, cuarenta, cincuenta años, y no alcancé nada, mi vida no produjo beneficios para nadie, ¡en todos los sentidos soy un cero!” ¡Entregue su vida a Dios! Las manos del alfarero le envolverán, formando y creando algo especial en ud.

Puede ser que estos trabajos de formación queden ocultos a sus ojos y a los de los demás, pues Sus manos tienen que hacer primero un lugar en el interior del pedazo de barro. Puede ser que la mano formadora quiera moldear algo más bien de utilidad, que de visible belleza o elegancia. A veces quisiéramos ser admirados como modelos de exposición. Pero el alfarero lo hace distinto. Quizás le prepara para un servicio que los demás denominan como “subordinado”, “pequeño”, “no interesante”, “insignificante”.

Pero ningún servicio es insignificante o “sin sentido”, si el alfarero celestial le da a ud. ese destino (lea 2.Ti. 2:20,21; Gá. 5:13).

Día 12

Jer. 18:2-4; 1.Jn. 4:8.9

Mirando al corazón del alfarero

El cuadro del taller del alfarero no sería completo, si no conociéramos algo más del alfarero mismo. Tomemos en cuenta una vez más que, ese alfarero es el amor en persona. “Dios es amor” (1.Jn. 4:16b).

Cuando se me muestra amor, puedo abrirme y confiarme al otro. No tengo que temer Sus exigencias; ni el plan que tenga conmigo; ni la mano educadora de Dios. Todo es dirigido y ordenado por ese amor eterno, singular y sabio. Las manos del alfarero pueden apretar fuertemente al barro y moldearlo. Pero ¿son las manos del Dios de amor! “Sí, Él ama a su pueblo; todos los consagrados a Él estaban en su mano; por tanto, ellos siguieron en tus pasos, recibiendo dirección de ti” (Dt. 33:3 otra traducción bíblica)

La siguiente comprensión nos puede ayudar: Él tiene poder sobre la rueda, igual que sobre el barro. Detrás de este poder está todo Su amor. ¡Él no tiene sólo *pensamientos* de amor, tampoco realiza solamente *acciones* de amor, sino todo *Su ser* es amor! ¡Totalmente! Todo lo que acontece sobre la rueda está bajo Sus ojos de amor. Incluso si el alfarero rompe por la presión de Sus manos la forma, no lo hace para destruir, sino para hacerlo nuevamente. Si queremos conocer el corazón del alfarero, tenemos que ver a Jesús en la cruz, horadado y lastimado. Si queremos comprender el obrar de Sus manos, tenemos que sentir las heridas en ellas. (Lea Jn. 20:24-29; 1.P.2:24.)

Podemos responder al amor de Dios con las palabras del poeta y cantautor Philipp Friedrich Hiller: “Quiero entregarme a Él, vivir en su nombre y creer solo en Él, en Él quiero amar, ejercer la paciencia en Él; en Jesús y a Él oro solamente”.

Día 13

Jer. 18:4-6; Lm. 4:1.2

El material no es sin voluntad

Jeremías observa al alfarero trabajando. Si este es un maestro - ¿cómo puede ser que la vasija se echa a perder?

¿Puede ser que sea demasiado torpe? ¿Acaso el alfarero no es capaz de moldear el barro según “Su imagen interior”? ¿Estuvo descuidado o negligente? ¡No! La vasija se echó a perder, porque no se dejó modelar.

La aplicación de la parábola muestra que, el pueblo de Dios se entiende, no como material sin voluntad, sino como algo activo y vivo frente a Su Creador. Si leemos la historia de Israel en el Antiguo Testamento, nos damos cuenta de que es posible rehuir al alfarero maestro o ponerse de costado de la rueda, en vez de estar en el centro del interés de Dios. Para el Señor esto es muy doloroso. Él se lamenta: “¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” (Nm. 14:11; comp. 2.R. 17:14,15; Jer. 2:13; Ap. 2:2-5).

¿Nos habremos dado cuenta que nosotros tampoco somos mejores? La historia de Israel es, repetidas veces el reflejo tocante a la historia de Dios con la humanidad y, a la vez también a nuestra historia con Dios. No somos solamente amables, sino también muy malos. Varias veces Jesús enfrentó específicamente a los piadosos (Mt. 15:7-9,18,19).

Sí, somos pecadores, no solamente en general, sino personalmente y en forma concreta. A veces tomamos el pecado muy livianamente. Para Dios significa trabajo y pena, para Jesús significaba una carga muy pesada (Is. 43:24b; Mt.26:38,39).

¡Regresemos a nuestro Señor! ¡Ocupemos conscientemente nuestro lugar, en y debajo de Sus manos! (Lea Jn. 6:65-69.)

Día 14

Jer. 18:4; Jl. 2:12.13

De lo viejo a lo nuevo

“Y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla.” El alfarero tiene el poder de hacer de nuevo una vasija malograda. En las manos de Dios, cada vasija debe ser una obra maestra de Su arte de modelar. Mientras Él forma y modela lo nuevo, purifica también al barro de “pedrecitas” escondidas, de agregados inútiles, que dañarían a la obra. Estas “pedrecitas” se pueden anidar en nuestros pensamientos.

¡Cuántas cosas hemos ya juzgado, a quienes hemos sospechado! ¡Hemos juzgado dura y precipitadamente; engañado a nosotros mismos y a otros; insistido empecinadamente y planeado caprichosamente! Pero, nuestro Maestro alfarero nos purifica y nos renueva (Jn. 13:8; 15:2.3; 1.Jn. 1:9).

Dios es un Dios que mantiene Su meta. Él no emprendería algo, que no pudiera llevar a cabo. Si Él comienza algo, puede y quiere completarlo. Él tiene los recursos necesarios; Él tiene sabiduría; Él tiene paciencia. Junto a Él hay esperanza para nosotros.

Él posibilita a personas fracasadas un nuevo comienzo – no haciendo de ellas una vasija de menor categoría. No, Él hace algo completamente nuevo, según Su modelo.

Pablo nos exhorta: “Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Ro. 6:22).

En la Biblia hay muchas historias de “vasijas recreadas” (por ejemplo: Gn. 32:22-31; Jn. 21:15-19; Hch. 9:1-19).

Valdría la pena si, en forma personal o también en conjunto, compartiéramos tanto en el matrimonio; la familia; entre amigos o en grupos de oración ... acerca de la historia del trabajo de renovación del Alfarero celestial.

¡Experimentaremos mucho gozo, aliento y fortalecimiento en nuestra fe! (Lea Sal. 32:5-7; 40:2,3.)